



H, rústico galán! ¿qué haces en esta  
cabaña solo? En ardoroso brío,  
de sorprender acabo junto al río  
a tu amada gentil, hoy a la siesta.

Para los juegos del amor dispuesta,  
mal encubre su erótico extravío;  
desnuda, en vano, en el remanso frío,  
por apagar sus ansias se recuesta.

De áspera gruta en el cañón estrecho,  
yo vi sátiros viles en acecho  
espiar astutos la ocasión cobarde...

¿No juzgas, dí, si tu favor implora,  
necio el desdén y torpe la demora?...  
¡Ay, rústico, de tí, si llegas tarde!

## BERCEUSE

Para Jorge.





ESLICESE tu vida como una barquichuela  
sobre corriente mansa, callada y misteriosa,  
y bajen a tu frente de nácar y de rosa  
el aura que perfuma y el céfiro que vuela.

Que arrulle tus ensueños la dulce cantinela  
que entona entre los árboles la brisa melodiosa;  
cruce tu vela blanca como una mariposa  
y que la luna argente la fugitiva estela.

Que pases entre lirios y juncos tembladores;  
la dicha, esa libélula de mágicos colores,  
separe los tropiezos y marque tu camino;

y encalle tu barquilla junto al recinto grato  
de la gentil princesa del bíblico relato  
que salva de las ondas la vida y el destino.

## PERFIDUM MARE

A D. Joaquín D. Casasús.





A por el ancho mar huye la nave  
tendida al viento la gallarda vela...  
¿Cuándo a la playa tornará? ¡Quién sabe!

Rayo lunar sobre las ondas riela  
y cual reguero de copioso llanto  
su nieve espuma la argentada estela.

Tiende la noche su enjoyado manto  
sobre la inmensidad estremecida  
y hay un silencio pavoroso y santo.

En la costa natal, su despedida  
lanza confusa multitud que llora...  
¡Cuán amargo el dolor de la partida!

Todo, el silencio, la quietud, la hora,  
en lo profundo de las almas deja  
como una sensación desgarradora;

y entre lo que quedó y el que se aleja  
sopla un cierzo tan frío de amargura  
que el mar, el mar sin corazón se queja.

¡Oh, tú, barca veloz a quien tortura  
o soñado ideal o deber rudo:  
halles viento feliz, playa segura!

Nunca jamás el aquilón sañado  
tu casco estrelle ni tus velas rompa;  
¡quede, a tu paso, encadenado y mudo!

Que tornes presto; vocinglera trompa  
te salude al volver empavesada  
con arte insigne y desusada pompa...

¿Quién del vivir en la contienda airada  
logra saber si el ansia que le anima  
quedará satisfecha en la jornada?

Flota la duda tenebrosa encima  
de la alta frente del viador... ¿Le espera  
sima voraz o brilladora cima?...

Nave, marcha con fe; surca altanera  
el fiero mar, y tras el rudo viaje  
torna, por fin, del triunfo mensajera;

mas si en traidoras sirtes el ultraje  
del viento audaz tu arboladura azota,  
quiebra el timón y rompe tu cordaje,

desde la playa pérfida y remota  
do yazga el casco, entre la arena, hundido,  
manda... ¡Mas no!... tú llevas a quien flota  
por sobre las borrascas del olvido.

México, a 30 de octubre de 1905.



PAIS DE ENSUENO



El sueño era a tus ojos simbólico paisaje;  
tu barca de oro y gules surcó el dormido lago,  
y una discreta aurora bañó con tinte vago  
la pléyade de cisnes de nítido plumaje.

Ornaban nubecillas de cándidos crespones  
las ondulantes curvas de las azules lomas,  
y en el zafir olímpico, bandadas de palomas  
fingían con sus alas un vuelo de ilusiones.



El aura sus estrofas dejaba en tus oídos;  
la luz, sobre tus crenchas, cambiantes y reflejos,  
y el invisible bosque mandaba desde lejos  
como rumor de frondas y preludiar de nidos.

Tu nave desfloraba las aguas silenciosas;  
la estela era una cauda efímera de espuma,  
y el inconsútil velo de la impalpable bruma  
borraba los extraños perfiles de las cosas.

Y tú, desnuda y blanca... Sobre tus senos breves  
erguían los pezones su pico sonrosado  
como candentes ósculos del sol enamorado  
sobre la enhiesta cumbre de las alpinas nieves.

Los cisnes misteriosos, ebúrneos y sedños,  
de cuellos enarcados, flotaban en las linfas,  
y entre ellos, como diosa cercada de sus ninfas,  
te alzabas en el triunfo glorioso de tus sueños.

Tú misma no sabías a dónde los antojos  
del céfiro empujaban tu barca de oro y gules,  
y en pájaros de armiño y en vértices azules

ibas pasando el ávido anhelo de tus ojos.

.....

¡Oh, nave, que no llegues jamás a la ribera!  
¡Oh, transparente lago, ensancha tus espejos,  
y siga entre las nubes de nácar, a lo lejos,  
por vagos horizontes flotando la quimera!

Y tú, la que has cruzado por mares adormidos  
y viajas por remotas, fantásticas regiones,  
embriágate en los sueños hermosos y mentidos  
en que hay rumor de frondas y preludiar de nidos  
y pájaros que pasan en vuelos de ilusiones.



En la muerte de Manuel  
José Othón





H, Pan! de tu syringa, por llanos y montañas  
cese la voz; que lllore la ninfa que escondida  
guardas en el hojoso rincón de tu guarida,  
y tú con voz doliente sus quejas acompaña.

Ya el portalira rústico que un día en la campaña  
lanzara egregios cármenes, al fin cayó sin vida...  
¡Así del alto roble desplómase vencida  
la pompa cuando arrecia del huracán la saña!

Las rubias hamadríades de luengas cabelleras,  
esparzan a los vientos sus voces plañideras;  
el manantial solloce su funerario canto;

cinta de verde lauro, cabe corriente pura,  
yazga la noble frente; del bosque la espesura  
sobre el cadáver tienda su rumoroso manto.

## EL RECUERDO

O morte mal ensevelle,

Ils ne t'on pas fermé les yeux.





**C**N vano desde el fondo de mi tortura,  
con clamores de fiebre llamo al olvido,  
mientras aquellos ojos de aquella muerta  
permanecen inmóviles frente a los míos.

Yo la ví sobre el lecho rígida y blanca,  
vi sus amantes labios mustios y lívidos,  
yo le crucé las manos sobre su pecho  
delicadas y tersas como dos lirios.



Luego cubrí de besos aquella frente  
y recogí aquel último vago suspiro,  
y su adiós doloroso, su adiós eterno,  
cual vibración extraña quedó en mi oído.

Yo la seguí camino del camposanto,  
vi bajar a la fosa su cuerpo frío;  
yo mismo arrojé flores sobre su tumba  
y me alejé llorando de aquel recinto.

Entre la densa bruma de mis recuerdos,  
aquel rostro adorado vaga indeciso.  
Pero sus negros ojos que besé tanto  
sobre mis tristes ojos quedaron fijos.

En vano, huyendo de ellos, busco la sombra;  
en medio de la sombra, brillar los miro  
¡compañeros perennes de mis tristezas  
y de mis desencantos fieles testigos!

Y en vano es que del fondo de mi tortura  
con clamores de fiebre llame al olvido  
mientras aquellos ojos de aquella muerta  
permanezcan inmóviles frente a los míos.

## INDICE